

Rainy Day Women

G

El día que Steady y yo comimos en la casa de **G** paladeamos el paraíso. Hasta aquel día no sabíamos lo que es comer deseando que nunca se acabe y sintiendo que cada bocado es mejor que el anterior. **G** es la esposa de un amigo común y los dos envidiamos terriblemente al condenado. Porque además, como prácticamente todos los tipos con suerte, no valora lo que tiene. **G** es una diosa en la cocina, derrama el milagro en cada plato, hace de la variedad su religión y del gusto su doctrina. Sus platos tienen algo de otro mundo, de un planeta que en vez de regido por el amor estuviera regido por el sabor. Se lo comento a Steady y se ríe. "Sí. Y la gente en vez de amarse, se saborearía". Está sentado a mi mesa, mientras espero a **G**, que me hará el favor de comer hoy conmigo, y volverá a hacer que Steady salte de puro desconcierto. "Cocinando como cocina... ¿cómo puede comerse lo que yo doy? Me hace sentir vergüenza".

Desde el día al que me referí ha hecho innumerables ofertas a **G** para que trabaje con él de cocinera. "Aunque en el caso de que aceptara me vería poco por la barra. Estaría todo el tiempo probando la comida". **G** siempre ha rechazado las proposiciones honestas de Steady. Vive por y para su casa, por y para su hombre, un sujeto que, no siendo mal tipo, los dos sabemos que no le hace el caso que ella merece. No está tan loco por ella como Steady y yo lo estamos, en el sentido gastronómico, que es una atracción tan digna y tan alta como la que se puede sentir por cualquier otra de las bellas artes. "Ya está bien de tanta mística y espiritualidad, demos cancha al animal que llevamos dentro", opina mi barman y yo estoy con él. Puede que exista la enfermedad del amor, pero nosotros, desde aquel día tenemos la enfermedad del sabor. Una especie de melancolía que se localiza en las papilas linguales. Y la enfermedad del amor solo se cura con amor, como la del sabor no la vamos a curar con ninguna de las excelencias que Steady nos pueda ofrecer esta tarde. Sin embargo ella siempre se lo come todo y algunas veces hasta repite. Cuando hasta la misma Brönte, que no ha probado su cocina, pero tiene nuestras referencias, se lo recrimina, **G** dice: "Yo lo encuentro muy bueno. Y lo mejor que tiene es que ahora no tengo que fregar los platos". Brönte asiente con la cabeza y se establece entre ellas la solitaria y sufrida solidaridad de las amas de casa. De las que pueden hacer de

la cocina y de tantas otras tareas diarias un arte, pero que no están acostumbradas, ni por supuesto esperan, no ya que alguien les ayude, sino que al menos les aprecien el talento. En cuanto a **G** nunca la he visto protestar por eso. Y tendría más de mil razones para hacerlo, porque su marido, buen amigo nuestro, ya dije que no la valora en lo que merece. Y a veces, en cuanto le damos un poco al espíritu del licor, Steady y yo coincidimos en no entender el por qué seguimos siendo amigos de semejante chalán. Deberíamos romper con él, raptar a **G** e irnos los tres a vivir a una isla desierta aunque suficientemente provista de fogones. Porque no es que seamos machistas (que no podemos evitar serlo) y ni siquiera egoístas (para lo que nos entrenamos diariamente): Es que mi barman y yo, aceptando todas la libertades y respetando más que nadie el papel preponderante de la mujer en el mundo moderno, tenemos también una cierta querencia por la mujer clásica, por la mujer antigua. No la que se somete al hombre, no, sino la que le somete a través del estómago. Y está muy bien y aplaudimos todos esos intentos de derribar los roles tradicionales de señor y señora. Y es de alabar y admiramos toda esa lucha contra el sexismo que nunca será suficiente, aunque opinemos que ya ha dejado a la mujer dos o tres escalones por encima de nuestras proyectas cabezas. Pero, a pesar de que todas esas mujeres libres, liberadas, luchadoras y autosuficientes nos producen una adoración creciente, dudo mucho, vamos, que me ahorquen ahora mismo si así es, que ninguna de ellas reciba la mirada rendida de admiración, reverencia y total entrega con la que recibimos a **G**. La mirada que ella se encuentra cuando viene a compartir con nosotros unas horas de charla. Y, concretamente conmigo, un poco de lo que literalmente Steady define como "esa bazofia a la que yo llamo comida"

es.humanidades.literatura
23 mayo 2004